Apología — Robert Barclay —304-309

la crucifixión de la voluntad

extracto de la Proposición XI § x

§ x. Supongo que nadie va a negar que esperar en Dios en vigilia ante él es un deber para todos, y nadie va a dudar que esto también es una parte de la adoración, porque quizás no hay otro mandamiento tan citado en las santas Escrituras, por ejemplo en Salmos 27:14; 37:7, 34; Proverbios 20:22; Isaías 30:18; Ósea 12:6; Zacarías 3:8;[1] Mateo 24:42; 25:13; 26:41; Marcos 13:33, 35, 37; Lucas 21:36; Hechos 1:4, 20:31; I Corintios 16:13; Colosenses 4:2, I Tesalonicenses 55:6; II Timoteo 4:5; I Pedro 4:7. Este deber también se recomienda a menudo con muchas* grandes y valiosas promesas, por ejemplo Salmos 25:3, 37:9; 69:6; Isaías 40:31; Lamentaciones 3:25-26; "Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas," etc. ¿Cómo se puede hacer esta espera en el Señor, esta vigilia ante él, sino por medio de este silencio de que hemos hablado? Puesto que es un deber primordial, necesariamente precede a todos los demás tanto en naturaleza como en tiempo. No es solo un silencio exterior del cuerpo sino un silencio interior de la mente, apartándose de todas sus imaginaciones y pensamientos. Para poder comprender esto mejor y con más perfección, debe considerarse, según la Verdad y los principios y las doctrinas afirmadas y demostradas anteriormente, que el hombre tiene dos aspectos: su condición natural, caída y no regenerada, y su condición espiritual y renovada. La distinción que el apóstol hace entre "el hombre natural" y "el hombre espiritual"[2] antes

[1] Zacarías 3:8 es la cita que se encuentra en las primeras ediciones tanto en latín como en inglés, aunque no vemos que sea aplicable al argumento de Barclay.

[2] Véase I Corintios 2:14-15

mencionada, se basa en esto; también en esto se basan los dos nacimientos de la mente que proceden desde las dos semillas en el hombre, la buena Semilla y la mala.

De esa mala semilla brota todo tipo de iniquidad y blasfemia, y también hipocresía y esas iniquidades que la Escritura llama espirituales, porque la serpiente obra en el hombre natural por medio de cosas espirituales. Puesto que tales cosas tienen la forma y apariencia de lo bueno, son mucho más dañinas y peligrosas, porque ahí está "Satanás disfrazándose como ángel de luz."[3] Por esta razón la Escritura con tanta urgencia y frecuencia excluye e impide que el hombre natural se entrometa en las cosas de Dios (como hemos observado antes), y niega sus esfuerzos en tales cosas aunque sean hechas por los talentos humanos más excelentes, tales como la sabiduría y la elocuencia.

Hay dos especies de iniquidad espiritual. Aunque son del mismo género y proceden de la misma raíz, difieren en grado y a veces en tópico. En la primera especie el hombre natural se involucra y obra en las cosas de la religión, y basándose en sus propios conceptos y conjeturas afirma o propone nociones y opiniones equivocadas y erróneas sobre Dios y las cosas espirituales, e inventa supersticiones, ceremonias, observancias y rituales en la adoración. Esto ha sido la fuente de todas las herejías y supersticiones entre los cristianos. En la segunda especie el hombre natural, basándose en una mera convicción de su propio entendimiento, en el atrevimiento de su propia voluntad, y por su propia fuerza natural, comienza a imaginar, concebir y pensar sobre las cosas de Dios, o comienza a ponerlas en acción por medio de la predicación y la oración. La primera es un defecto tanto de materia como de forma. La segunda retiene la forma, pero carece de la Vida y la Sustancia del cristianismo, porque la religión cristiana no consiste en la mera creencia de doctrinas verdaderas, ni en el mero

[3] II Corintios 11:14

desempeño de actos que son buenos en sí. De otra manera la mera letra de la Escritura, pronunciada por un borracho o por un diablo, podría considerarse Espíritu y Vida; creo que nadie sería tan absurdo como para decir eso. También se deduciría lógicamente que donde la apariencia de piedad existe, el poder está allí también, cosa que es contraria a las explícitas palabras del apóstol. No se puede decir que la apariencia de la piedad existe, ni donde se creen en nociones y opiniones erróneas e impías, ni donde las acciones son malas y malignas; porque de tal manera sería la apariencia de la impiedad, y no la apariencia de la piedad....

Este tipo de idolatría, donde un hombre ama, idolatra y se aferra* a sus propias conceptos e invenciones, los productos de su propio cerebro, está muy arraigado en la naturaleza caída del hombre, y es algo a lo que el hombre es muy propenso. Mientras en el hombre su propio espíritu natural sea el primer autor y hacedor, mientras eso sea lo único que lo mueve y lo dirige en su adoración a Dios, mientras el hombre no espere primero para que otro Guía lo dirija, nunca podrá entrar en adoración pura y espiritual, nunca podrá producir nada aparte del fruto de esa primera raíz caída, natural y corrupta.

Ya ha llegado el tiempo otorgado por Dios, el tiempo en que le place restaurar la adoración verdadera y espiritual por medio de Jesucristo. La forma exterior de adoración que Dios instituyó para los judíos ya se ha acabado, esa adoración en la que la forma y el momento de hacerlo fue determinado específicamente por Dios mismo. Ahora vemos que Jesucristo, autor de la religión cristiana, no ordena a sus hijos ninguna forma fija de adoración bajo la pura administración del Nuevo Pacto;[4] sólo les dice que la

---

[4] Nota de RB:
<u>Objeción</u>: Si alguien objeta que el Padre Nuestro es una forma de oración prescrita y por lo tanto es una forma de adoración que Cristo dio a sus hijos:

adoración que se debe hacer ahora es espiritual y en el Espíritu. Hay que señalar que no hay orden ni mandato sobre esto en todo el Nuevo Testamento aparte de obedecer las revelaciones del Espíritu, excepto el mandato general de reunirse, cosa que aceptamos de corazón y practicamos con esmero, y que vamos a considerar más adelante. Queda claro que sí se mencionan los deberes de oración, predicación y cántico, pero no hay ni una sola palabra sobre el orden o el método que debe usarse; tampoco dice que estas cosas deben hacerse tan pronto como los santos lleguen a la reunión; al contrario estos deberes siempre deben hacerse con la ayuda, la guianza y las mociones del Espíritu de Dios (cosa que se demostrará después). Puesto que en su condición natural el hombre está excluido de actuar o moverse en cosas espirituales, ¿cómo puede el hombre cumplir con el primer y principal deber de esperar en Dios si no en el silencio y llevando la parte natural al silencio? Eso sólo puede lograrse absteniéndose de sus propios pensamientos e imaginaciones, de todos los procesos y mociones de su propia mente, tanto en las cosas

---

Respuesta: Respondo, primero, que ningún tipo de cristianos que yo conozco puede objetar esto, porque no hay ninguno que no use otras oraciones, o que limite su adoración a esto. Segundo, se les mandó esto a los discípulos cuando todavía eran débiles, antes de recibir la dispensación del evangelio, no para que usaran solo esta oración, sino para demostrarles con un ejemplo que sus oraciones debían de ser breves, y no tan largas como las oraciones de los fariseos. Queda patente que esto fue el propósito al considerar todas las oraciones hechas por los santos después mencionadas en la Escritura. Ninguno de ellos usó esta oración, ni la repitió, sino que al contrario usaron otras palabras según la necesidad del momento, y según el Espíritu les dio expresión. Tercero, queda claro en Romanos 8:26 (de que hablaré más después) donde el apóstol dice, "Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros," etc. Si el Padre Nuestro hubiera sido una forma de oración prescrita para la iglesia, lo que Pablo dice no habría sido cierto: no habrían ignorado para qué orar, no habrían necesitado la ayuda del Espíritu para enseñarles.

que son materialmente buenas como en las cosas malas, para que cuando él esté en silencio Dios pueda hablar dentro de él, y la buena semilla pueda alzarse....

Puesto que somos mandados a "esperar en Dios con esmero" y se nos prometió que cuando lo hiciéramos, "tendríamos nuevas fuerzas,"[5] sólo podemos hacer esta espera con un silencio o cese de la parte natural, porque Dios no se manifiesta a los sentidos o al hombre exterior, sino a lo interior, al alma y al espíritu. Si el alma sigue pensando y obrando en su propia voluntad, preocupada con sus propias imaginaciones, aunque el tema en sí pueda ser cosas buenas sobre Dios, no obstante con todo eso el alma se incapacita para discernir el "susurro apacible y delicado"[6] del Espíritu, y de esta forma se hace mucho daño a sí misma, porque está descuidando su deber principal de esperar en el Señor. Es como si yo me ocupara en hablar y vociferar sobre algún asunto, mientras al mismo tiempo desatendiera a alguien susurrando bajito en mi oído con información y circunstancias esenciales para mi consideración y conocimiento sobre ese mismo asunto. Es el deber principal del cristiano sentir* su voluntad natural crucificada en sus propias iniciativas, para que Dios pueda moverse en la acción y la voluntad; el Señor aprecia mucho esta profunda sumisión y abnegación.

Algunos se complacen y satisfacen su propia voluntad y capricho sensual con elevadas y curiosas especulaciones sobre la religión, o porque así pueden conseguir renombre y reputación o porque esas cosas han llegado a ser habituales y agradables, aunque de ningún modo son regenerados o santificados interiormente en espíritu; es lo mismo que otros que satisfacen sus deseos en actos sensuales. Por lo tanto, ambos tipos de satisfacción son perniciosos al hombre y pecaminosos ante los ojos de Dios, porque son

---

[5] Véase Isaías 40:31
[6] I Reyes 19:12

fruto y efecto de la natural y no regenerada voluntad y espíritu humano. Si alguien (y sin duda muchos lo hacen), a causa de sentirse pecador y por miedo al castigo, trata de aterrorizarse a sí mismo para apartarse del pecado, multiplicando pensamientos de la muerte, el infierno y el juicio, e imaginando la felicidad y los gozos del cielo, y además multiplicando oraciones y otras observancias religiosas — puesto que estas cosas jamás pueden salvarlo ni de un solo pecado sin el poder secreto e interior del Espíritu y la Gracia de Dios, estas cosas no significarían más que las hojas de higuera con las que Adán quiso cubrir su desnudez. Puesto que todo eso es mero producto de la voluntad natural del hombre y procede del amor a sí mismo y del deseo de salvarse, y puesto que no brota puramente de esa divina Semilla de Rectitud que Dios les da a todos para gracia y salvación, Dios lo rechaza porque no le agrada de ningún modo, porque mientras el hombre quede en la condición natural Dios condena al hombre natural con todas sus artes, talentos y acciones.

Es imperiosamente necesario cumplir con este primordial deber de esperar en Dios negándose a sí mismo, tanto interior como exteriormente, en una sosegada y simple dependencia en Dios, sacándose a uno mismo de todos los procesos, las imaginaciones y las especulaciones de su propia mente, vaciado, por así decirlo, de sí mismo: tan completamente crucificado a los productos naturales de la mente para ser apto a recibir al Señor, quien no acepta ningún copartícipe ni rival en su gloria y poder. Cuando el hombre esté en esa condición, la pequeña Semilla de Rectitud que Dios ha sembrado en su alma y que Cristo ha comprado para él, es decir, la medida de Gracia y Vida (que los pensamientos y las imaginaciones naturales del hombre oprimen y crucifican) encuentra un lugar para surgir, y se hace santo parto y genitura en el hombre, y aire divino que leuda el alma y espíritu del hombre. Al esperar en esa Semilla el hombre llega a ser grato a los ojos de Dios, a

pararse en su presencia, a escuchar su voz, y a observar los movimientos de su santo Espíritu.

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, Proposition XI § x (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) pp. 304-309 y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 232-236.